

La historia como urgencia

Entrevista a la destacada historiadora Mercedes García

Por RICARDO QUIZA MORENO



Según criterio arraigado por la historiografía moderna, la Edad Media fue un período “hueco”, con escasos avances en el orden de las ideas y del bienestar material. De igual modo y desde su propio nacimiento, la literatura histórica de la Isla ha estado adoptando (y adaptando) esta suerte de guión que magnifica y concibe la historia a partir del siglo XIX, donde se gestaron aquellos sucesos épicos vinculados al surgimiento y evolución de la nacionalidad. Las etapas anteriores apenas si merecen ser estudiadas, pues en ellas no hubo “historia”, salvo algún que otro evento donde se evidenciaran las contradicciones entre Cuba y España. Por suerte hay una zona de la historiografía local que se ha encargado de luchar contra ese *mainstream* difundido a través de la escuela, de las sociedades científicas y gremiales y hasta de los medios masivos y la prensa especializada. Dentro del pequeño núcleo que en épocas recientes se han empeñado en rescatar esos olvidados primeros siglos de la colonia se hallan profesores e investigadores como César García del Pino, Arturo Sorhegui, Olga Portuondo, Fe Iglesias, así como nuestra entrevistada.

La doctora Mercedes García Rodríguez, un caso atípico de los llamados “hoveles” historiadores cubanos, se graduó de Licenciatura en Historia en 1981 y se doctoró, en la misma especialidad, en el 2000. La investigadora no solo se ha propuesto indagar sobre los siglos XVI, XVII y XVIII sino que, además, lo ha hecho desde la perspectiva de la historia económica, una especialidad que gozó de relativo auge en las décadas del setenta y ochenta del siglo anterior a tenor de la influencia de la teoría marxista en Cuba y que tuvo representantes valiosos como Julio le Riverend y Oscar Pino Santos en los primeros años del período posrevolucionario, y más tarde a entusiasmados cultores como Gloria García, Fe Iglesias, Alejandro García y Oscar Zanetti. Estos dos últimos, asociados al departamento de Historia de Cuba de la Universidad de La Habana, fueron encargados de influir en una generación de estudiantes de los que Mercedes García era miembro.

Sin embargo, el bautizo como historiadora de Mercedes García transcurrió dentro los cauces de la historiografía tradicional y así lo confirma su tesis de licenciatura, *Las gestiones reformistas españolas durante la guerra grande (1981)* así como su primer libro publicado en Cuba en coautoría con Eduardo Torres Cuevas y Jorge Ibarra, *Félix Varela. El que nos enseñó primero en pensar*, (1997). Por tal motivo, las preguntas dirigidas a la doctora García Rodríguez no podían desentenderse de esta transformación respecto al itinerario recorrido por la historiografía más reciente de la Isla, con sus aciertos y dificultades.

- Mercedes, ¿cuándo y por qué ocurre esa suerte de metamorfosis en tus intereses investigativos?

- Como tú bien dices, mis primeras investigaciones pudieran inscribirse dentro del canon de la llamada historiografía tradicional por los temas abordados: La guerra de 1868 y las figuras políticas del siglo XIX, en este caso Félix Varela. La primera de ellas, que trató acerca de las gestiones reformistas españolas durante la Guerra Grande, significó para mí un reto, era mi trabajo de diploma, y ya sabes, hay que lograr graduarse y un tema muy polémico es siempre un riesgo; pero además, yo quería hacer algo novedoso, algo que no repitiera lo ya dicho, y por ello tenía que lograr en un corto tiempo una nueva mirada a esa contienda bélica. Entonces leyendo algunos textos clásicos de la historiografía cubana y española se me ocurrió, a partir de una sugerencia de mi tutora, la doctora Diana Abad, adentrarme en las maniobras que intentó la inteligencia española para cortar de raíz la primera guerra independentista cubana, y lograr con ello que en la Península pudiera consolidarse la revolución liberal de septiembre que había destronado la monarquía de Isabel II. Sobre este particular había muy poco escrito, y esto, por supuesto, aumentaba el grado de complejidad de la investigación, por eso fue un reto. Finalmente logré sacar a la luz varias cosas interesantes nunca antes dichas. Hace unos meses, releendo ese trabajo a la distancia de 25 años me he vuelto a enamorar del tema y creo que valdría la pena retomarlo en algún momento para profundizar en él y publicarlo.

Por otra parte, trabajar la figura de Varela para mí fue una verdadera revelación, sobre todo porque conocí a profundidad el pensamiento y la acción de un hombre con una fructífera vida, y con una ética y un talento admirables. Por otra parte, este proyecto fue mi gran oportunidad para trabajar con dos grandes de la historiografía cubana, aprendí mucho en aquellos dos años y medio y también me adentré en un mundo nuevo para mí, el mundo interior de la Iglesia católica. Desde aquellos días de intenso trabajo en la biblioteca del Seminario de San Carlos y en el archivo del Arzobispado, atendida por el padre Pepe Félix, quien me dio acceso a la papelería y obras de Varela, me aparecieron inquietudes sobre algunos temas, como por ejemplo, el poderío económico que alcanzaron la Iglesia y su órdenes en Cuba en el *Siglo de las Luces*, poderío que ha llegado hasta hoy, no solo en Cuba, sino en todo el mundo, y que en nuestra ciudad se aprecia en sus monumentales construcciones. Entonces me comencé a preguntar cómo lograron ese elevado estatus en una Isla que se decía pobre, si Roma no financiaba la fundación de iglesias, colegios, ni

conventos. Esto se hizo para mí entonces un problema historiográfico que me interesaba dilucidar, incluso para mi propio conocimiento. Por supuesto que abarcarlo todo era imposible, pues eso sería trabajo para un equipo, pero al menos años después intenté resolver una pequeña parte cuando realicé el estudio sobre los jesuitas y su papel económico en el azúcar, que se materializó en el libro *Misticismo y Capitales. La compañía de Jesús en la economía habanera del siglo XVIII*, publicado en el 2000 por Ciencias Sociales. No estoy muy segura que ese proyecto haya representado una metamorfosis en mis intereses de investigación, yo lo veo más bien como una derivación de preocupaciones que me fueron surgiendo durante mis anteriores proyectos, y en especial de mi propuesta de trabajo en 1992, de estudiar los orígenes azucareros de Cuba.

Por supuesto, un tema como el azúcar te va metiendo en una cadena de problemas historiográficos que se entrelazaban, unas veces hacia atrás y otras hacia delante, porque la historia es una sola y toda está concatenada por hilos que suele ser invisibles hasta que son descubiertos por un historiador curioso que da luz a hechos y relaciones desconocidas. A los jesuitas llegue así, a través de mis estudios acerca de ingenios azucareros del siglo XVIII, y porque la suerte, elemento que no puede ser olvidado, me colocó frente a un legajo maravilloso, guardado por siglos en el Archivo de Indias, y que tuve el privilegio de abrir por vez primera, no te imaginas que emoción el saber que has hallado un tesoro documental virgen. En aquel enorme legajo se agrupaban todos los papeles referentes a la expulsión de la Orden de los jesuitas de Cuba, en 1767, la tasación de sus propiedades, su participación en el negocio azucarero y en el de la trata y la esclavitud, me interesó seguir husmeando en cómo se conformó todo ese poderío económico que además alcanzó otras ramas como la ganadería y los alquileres de inmuebles. Por eso creo que los estudios clasificados como tradicionales por los temas tratados, debían ser más profundamente analizados a partir del tratamiento y al enfoque que se le da al problema, por ejemplo, el azúcar es un tema ampliamente abordado por la llamada historia tradicional, pero su tratamiento actual puede ser o no de enfoque tradicionalista, eso es otro asunto. Lo tradicional no tiene que ser sinónimo de decadente o de agotado para los intereses contemporáneos, incluso temas tan tradicionales como las guerras, muchas veces analizadas desde una óptica social o económica resultan ser estudios que superan en renovación y modernidad al tratamiento de temas de moda. Si el historiador se preocupa por estar actualizado en su ciencia y se traza una lógica y un camino para ir descubriendo esas redes ocultas entre hechos y personas que conforman la historia, no importará la época, el tema o las fuentes que trabaje, su resultado tendrá el toque de lo moderno, de lo verdaderamente revolucionario y novedoso.

En tal sentido nunca me he preocupado mucho por si el problema historiográfico en que me interesa trabajar está en la línea de lo tradicional o en la que se considera "historiografía moderna". Tengo mis propias interrogantes sobre la historia de mi país en todas sus épocas históricas, e incluso en la de su pasado más reciente, pero como no se puede pretender abarcarlo todo, decidí especializarme en los primeros siglos coloniales porque considero que han sido muy mal tratados y casi olvidados, y sin su conocimiento no puede haber explicación lógica posible, es como querer explicar la personalidad de un adulto sin tener en cuenta su infancia y su formación.

Estos primeros siglos los he ido redescubriendo poco a poco, y aun tengo muchísimas dudas y preguntas que no he podido responder pues me han ido surgiendo en el propio proceso de investigación durante años de trabajo en archivos y bibliotecas, y es en ellas en las que me interesa y da gusto trabajar, esto me ha llevado a trazarme un plan de estudio-trabajo, que ya forma parte de mi proyecto de vida, pues me he propuesto ir construyendo escalones de conocimiento que me permitan definir cómo se fue fraguando la identidad cubana, tatuada desde su nacimiento por una cultura azucarera y tabacalera, y por la esclavitud, factor social de enorme incidencia demográfica y cultural en Cuba. Este proceso formativo arranca desde el siglo XVI, para catalizar en la segunda mitad del siglo XIX, y considero que estudiar el fenómeno desde sus orígenes es esencial. Sin embargo creo que éste sigue siendo un proceso vivo, en continuo reajuste hasta hoy, por ello también se necesita continuar su estudio en la contemporaneidad.

Como sabes, identidad y cultura son conceptos atravesados por muchas aristas: los grupos sociales, su comportamiento en los espacios públicos y privados, sus intereses económicos, la familia, los gustos, las formas de comunicarse, la relación que se conforma entre los sujetos económicos de cada período histórico, las actitudes y posiciones políticas expresadas en los partidos, las instituciones militares, las peculiaridades en la alimentación, en el comportamiento ciudadano, en fin, son conceptos extremadamente abarcadores, además de polémicos; quizá por ello me llaman tanto la atención. Si lograra, a modo de una historia holística, atrapar el espíritu y los hechos cotidianos y desentrañar esas redes de relaciones que conformaron la sociedad de esos primeros siglos coloniales como pequeña parte de todo ese universo, y socializar todo ese conocimiento me sentiría verdaderamente útil y realizada desde mi ciencia, que tiene entre sus virtudes alertar sobre los errores del a repetir. Por ello el hombre necesita conocer muy pasado para no volverlos bien su historia para organizar mejor su su presente, este axioma que casi todos hemos repetido en algún momento, es clave para nuestro futuro como nación; lamentablemente muchos de nuestros coterráneos han dado pasos a ciegas, desconociendo de forma consciente o inconsciente su historia.

...el hombre necesita conocer muy bien su historia para organizar mejor su presente, este axioma que casi todos hemos repetido en algún momento, es clave para nuestro futuro como nación; lamentablemente muchos de nuestros coterráneos han dado pasos a ciegas, desconociendo de forma consciente o inconsciente su historia.

Si entendemos lo importante que es extraer experiencias de esta ciencia, entonces será fácil comprender por qué el azúcar, la esclavitud o las guerras por nuestra soberanía no son simples temas de la historiografía tradicional, sino historia viva, tatuada en cada semblanza cotidiana, temas que merecen un espacio permanente por su trascendencia en cada cubano.

- Sabemos que eres consciente de la dificultad que supone legitimar en nuestro circuito académico los temas relativos a los primeros siglos coloniales. ¿Por qué insistes en ellos? ¿Crees, como ha dicho un sector de la historiografía nacional, que los siglos XVI, XVII y XVIII constituyen nuestro “oscuro medioevo”?

- Considero que la desmemoria y la ignorancia son aspectos muy negativos para cualquier pueblo, pero sobre todo para aquellos que aspiran o declaran ser cultos; es lamentable que todavía hoy existan profesionales y cuadros dirigentes que no den importancia al estudio y conocimiento de los primeros siglos coloniales, como si éstos no formaran parte de la historia patria; e incluso lleguen a demeritar u obstaculizar, con su miopía intelectual —reflejo de su reducido mundo espiritual y cultural— a éste y a otros campos del saber, como pueden ser las problemáticas concernientes a la historia social, la cultura, la religión, y los temas referidos a las mentalidades, considerándolos temas innecesarios o banales al saber colectivo. Quizá aun no han comprendido lo importante que resulta profundizar en el estudio de cómo se gestó y consolidó nuestra identidad, paso indispensable para que cuajara nuestra nacionalidad a mediados del siglo XIX.

Por suerte no todos pensamos igual, hubo un grupo de importantes historiadores contemporáneos (por solo nombrarte algunos, a saltos: Irene Wright, José Luciano Franco, Juan Pérez de la Riva, Moreno Fragnals, Le Riverend y más en la actualidad Olga Portuondo, Arturo Sorhegui, Eduardo Torres-Cuevas, Jorge Ibarra Cuesta, Gloria García, Fe Iglesias, Hernán Venegas, Reinaldo Funes, Edelberto Leiva, María de los Ángeles Meriño y Aisnara Pereira) que han trabajado puntualmente aspectos de ese pasado remoto, resolviendo problemas importantes, que han dado luz a estos primeros siglos, pero aun sigue estando ausente esa sistematicidad que demanda el problema historiográfico de los orígenes formativos, de ahí mi insistencia, junto a la de varios colegas que se van sumando, en volver sobre este lejano pasado que no por desconocido es menos auténtico y legítimo que el resto de la historia que se conoce. Pero es cierto, a veces hay que luchar contra las incomprensiones de funcionarios o editoriales, y si no tienes clara conciencia de lo que quieres y es necesario, puede que te desilusiones en tu empeño y cambies de proyecto, ese es un riesgo diario. Por suerte yo ya no tengo ese problema, y los que me rodean tienen plena conciencia de que los asuntos en que trabajo son de importancia, aunque quizás no sean la demanda número uno de la historiografía nacional.

Por otra parte, gracias a investigaciones recientes, tanto de historiadores cubanos, como de especialistas de otras latitudes, cada día se hace menos creíble y sí más cuestionable, el calificativo de “oscuro medioevo” aplicado a los primeros siglos coloniales de Cuba. Desde mi época de estudiante me cuestioné en clases esta denominación, pues pensaba en la dicotomía de una Cuba miserable asediada por piratas. Eso me parecía un absurdo y me preguntaba entonces, ¿si los piratas y corsarios no eran nada tontos y la Isla era tan pobre, porqué atacarla?, ¿qué buscaban en ella, si supuestamente casi nada había? Estas reflexiones siempre me hicieron dudar de tal afirmación. En la práctica algunos profesores también dudaban y comenzaban a hacer sus propias investigaciones sobre estos periodos en la década de los '70. En realidad, la Isla, fue en esos primeros siglos bastante prospera, especialmente el “país de La Habana” como muchos llamaron a su capital, pues sin dudas fue la región insular más floreciente a través del crecimiento de dos importantes cultivos comerciales catalogados como productos



El autor del trabajo en compañía de la doctora Mercedes García.

tropicales exóticos: el tabaco y la caña de azúcar. Ambos tuvieron una gran demanda en la época y proporcionaron una enorme entrada de dinero líquido y mercancías importadas de diversas potencias y colonias, que hicieron de La Habana una ciudad poderosa, lujosa y populosa para los tiempos que corrían, aunque como es común a todas las épocas y capitales, la ciudad de las columnas tenía también sus barrios insalubres, sus zonas despobladas y miserables, y sus pobres y vagabundos. Paradójicamente a estos signos de pobreza, la riqueza de muchas familias criollas y peninsulares iba en ascenso y la entrada del situado de Nueva España por más de dos siglos, permitió una amplia acumulación de capitales en manos de comerciantes y hacendados vinculados a las construcciones militares de torreones y fortalezas a partir de los hilos de una economía de servicios-producción, y las ganancias que dejaba el Astillero de La Habana y otros negocios como el enorme contrabando de todo tipo practicado como respuesta de resistencia al obtuso e incapaz monopolio comercial español. Solo si se conoce un poco la historia no contada de las negociaciones para la fundación de la Real Compañía de La Habana entre 1739-40 se comprenderá mejor como, al menos, el *Siglo de las luces* en Cuba, fue un siglo de hombres en extremo ricos y de gran ascendencia en las cortes españolas, y cómo los criollos habaneros llegaron a obtener de España el mayor número de títulos de nobleza otorgados a su mundo colonial.

Cuba, por tanto, estaba muy lejos de ser la cenicienta que convenía a una historiografía burguesa, en sus pretensiones de que la historia nacional naciera con su ascenso como clase hegemónica. Así, como verdaderos alquimistas del pasado, varios historiadores burgueses convirtieron la historia de Cuba en la historia del *boom* azucarero que elevó al poder a la sacarocracia que los alimentaba, por ello la toma de La Habana por ingleses en 1762 y después la revolución de Haití a fines del setecientos son los momentos de arrancada de nuestra historia, y en consecuencia, la historia de La Habana-Capital se fue convirtiendo en la historia patria.

Esta historia tradicionalista, fundamentada y apuntalada por el Discurso sobre la agricultura y medios de fomentarla de don Francisco de Arango y Parreño, y otros muchos de sus escritos se ha repetido de forma acrítica por gran parte de la historiografía republicana, y lo que es peor, por una buena parte de la historiografía revolucionaria, la que se ha escudado por una parte, en la falsa idea de la no existencia de fuentes en los archivos cubanos para asumir estos siglos, y por otra, en que la escasa documentación que de esta etapa se conserva es totalmente ilegible y por tanto cualquier investigación sobre este período está destinada al fracaso o a repetir lo ya dicho. En mi opinión estos argumentos solo han sido pretextos repetidos de una generación a otra de historiadores, pero la realidad es otra, y aunque no hay mucho, como en los Archivos de Sevilla o Simancas, existen las Actas Capitulares de muchas villas y las de La Habana están completas y bien cuidadas. También, por suerte, se conservan gran parte de los Protocolos Notariales así como libros de Anotadurías de hipotecas, donde permanece dormitando la historia agraria de Cuba, y la historia de todas las negociaciones de compra-venta que se realizaron en el período y que abrirían nuevas perspectivas de estudio sobre la conformación de los mercados interiores, las relaciones entre diversos grupos étnicos y de poder, y otros tantos aspectos relacionados con la sociedad y la economía.

Por otra parte, existe también gran número de expedientes de causas de diverso origen, la correspondencia de los capitanes generales con los distintos mandos de las Villas y otros fondos importantes como los eclesiásticos, dispersos en las parroquias e iglesias del país, además de la riqueza documental que atesoran los fondos del Arzobispado de La Habana. Constituyen documentos claves para los estudios de corte socio-económico, pues en muchos de ellos se refleja la vida de los diferentes estamentos y clases. Son esenciales sus libros de bautismo, enterramientos, defunciones y matrimonios. Su consulta enriquece cualquier investigación social y demográfica del período, y de seguro darán un vuelco a tesis ya establecidas pero muchas de ellas desprovistas de argumentación factual. Tampoco olvidemos que la Iglesia Católica controló por siglos la cultura y la educación en España y sus colonias, por tanto sus monasterios y conventos guardan también expedientes muy importantes sobre cómo y qué se enseñaba y a quiénes. Esto que te digo es solo por poner algunos ejemplos de todo lo que de este lado existe sin tener que cruzar el Atlántico, aunque tener la oportunidad de revisar los reservorios documentales españoles es también muy necesario para complementar una acuciosa investigación sobre este período. No sigo refiriéndote fondos posibles para el período por no extender la respuesta que ya es larga, pero hay muchos más.

- El tema de los jesuitas te ha traído muchas satisfacciones, ya que a partir de ese proyecto elaboraste tu tesis doctoral de la cual emergió *Misticismo y Capitales...*, libro que repercutió en los medios historiográficos dentro y fuera de la Isla. ¿Cuál crees que haya sido la contribución fundamental de esta publicación?

- *Misticismo y capitales...* tiene la particularidad de acercarse a una de las aristas menos estudiadas de la Compañía de Jesús, su gestión y protagonismo económico desde su llegada y asentamiento en Cuba, en 1720, hasta su expulsión en 1767. La Orden jesuita siempre había sido vista desde el ángulo de su labor pedagógica y desde su influencia cultural y hasta cierto punto política, pero muy poco como una Orden empresarial en la esfera de la economía. En esta obra se descubre el papel de la Compañía dentro del renglón azucarero como ente inversionista en la fundación de ingenios y como promotora de formulas capitalistas de control de la producción, midiendo de forma diaria los gastos y calculando las ganancias, controles que fueron llevados por los procuradores de los colegios o en su defecto los mayordomos que ellos designaran. Este sistema de balance de gastos y haberes fue copiado por el resto de los propietarios azucareros de fines del siglo XVIII. Otro aporte de esta investigación es el haber sacado a la luz importantes datos acerca de las dotaciones de ingenios, demostrando que esta orden explotó mano de obra esclava, no para la limpieza y mantenimiento de sus colegios como aseguraban estos Padres, sino para la producción de la mercancía del azúcar. También se develan los hilos que los llevan a practicar el comercio y los alquileres de inmuebles para almacenes, entre otros negocios. Esta realidad rompe la imagen estereotipada que se había transmitido por la historiografía tradicional sobre el humanismo evangelizador de esta Orden, su vida austera y su dedicación absoluta a la educación y la cultura y nos muestra una cruda realidad en la que la Orden se presenta como una gran empresaria, sin escrúpulos para aplicar el castigo corporal a sus esclavos si no daban su tarea diaria en los cañaverales y manufacturas del ingenio, y proponer los criaderos de negros como solución a la necesidad de fuerza de trabajo foránea para los rudos trabajos de los ingenios de azúcar.

No por gusto durante las celebraciones por el Jubileo del año 2000, el cardenal Jaime Ortega pidió perdón a nombre de la Iglesia por la sustentación ideológica que la religión aportó como justificante al genocidio que representó la implantación de la esclavitud moderna en América; además de pedir disculpas para algunas de sus órdenes por la participación de estas en prácticas esclavistas. Este libro es muy importante para mí, pues me permitió dar a conocer a los lectores uno de los pocos estudios de caso que existen sobre ingenios del siglo XVIII cubano, donde pueden conocerse en detalles los diferentes componentes de los ingenios de la Orden, con información cuantitativa y cualitativa de primera mano, que permite hacer muchas derivaciones y conclusiones novedosas e importantes sobre el período, sobre la acumulación de capitales en manos de la compañía de Jesús y sobre todo sobre el estado o grado de desarrollo del renglón azucarero en ese período.

- Empezaste por la historia de corte político y de ahí derivaste a la historia económica. Sin embargo en tus últimos artículos, incluyendo el que apareciera en la antología *Nuevas voces, viejos asuntos: panorama de la reciente Historiografía cubana (2005)*, has derivado hacia las investigaciones sociales. ¿La especialización en la historia social es para ti una herramienta para complementar tu trabajo, una manera de abrir un nuevo campo de investigación o es que estás seducida por cierta moda historiográfica?

- Como sabes he venido durante años armando un rompecabezas informativo sobre los primeros siglos coloniales y para ello he ido recopilando mucha información de todo tipo que me ha aparecido junto a datos económicos, pues bien, piensa en este nuevo proyecto de historia social que voy a asumir como si fuera una gran pieza que voy a tratar de colocar en ese rompecabezas, para ir armando, no precisamente una figura, sino el espíritu de una época remota que ha influido en nuestra forma de ser y en nuestros

comportamiento como cubanos hasta la actualidad. Por ejemplo, fue en aquellos primeros siglos donde nació y se desarrolló el racismo en nuestra sociedad y muchos de aquellos elementos racistas que estuvieron vinculados a la esclavitud y a una ideología esclavista han sobrevivido hasta hoy. Si conoces el origen de esas actitudes entonces podrás incidir con mayor fuerza en su solución definitiva, ya que ocultar el problema no resuelve el hecho de que gran parte de la población negra cubana contemporánea, a pesar de haber vivido más de 48 años en un país en revolución, se siga sintiendo marginada por muchos cubanos blancos que supuestamente son sus iguales, y eso está en la mentalidad del pueblo, no en la política del Estado que declaró la igualdad de razas y de derechos de todos sus ciudadanos desde 1959. El problema es que las formas de pensamiento y los moldes de actuación no se logran cambiar por decretos. De ahí parte mi interés por estudiar estos asuntos. Casualmente esto ha venido a coincidir un poco como los temas de moda, como por ejemplo es el tema racial, o más bien el tema étnico.

Por ello, después de haber dedicado muchos años a los estudios económicos, especialmente del renglón azucarero en sus orígenes, he priorizado ahora el estudio de las formas de comportamiento social, económico y cultural del grupo de hacendados azucareros de La Habana, que nacido a fines del siglo XVI, cuando se echa a andar el cultivo cañero y se otorga a Cuba el Privilegio de ingenios, fue evolucionando y tomando forma a lo largo del siglo XVII, y creciendo numéricamente entre 1720 y 1790, año tope para mi investigación, pues en la década de 1790, ya podemos observar a un grupo azucarero fuerte y consolidado, el que con don Francisco de Arango y Parreño al frente, como su adalid, creará órganos divulgativos e instituciones para su beneficio y en defensa de sus intereses como *El Papel Periódico* de La Habana o como *La Sociedad Económica Amigos del País*, entre otras; reflejo de la maduración de un pensamiento ilustrado y pragmático en muchos de sus miembros, que les permitió tomar conciencia de grupo para sí. Este proceso formativo y evolutivo, que solo se observa en estudios de larga duración, me interesa sobremanera atendiendo a las razones ya apuntadas y a que apenas existen antecedentes historiográficos que, de forma monográfica, aborden dicho asunto. Por tanto, para mí era ya una urgencia llenar este vacío historiográfico y eso explica mi decisión de abrir una investigación que se inscribe dentro de la historia social, aunque roza bastante la economía, y también un poco la política.

Si lees con cuidado cada uno de mis trabajos, desde los primeros en la Academia, en que trabajé el comercio y los comerciantes de la primera mitad del siglo XIX, hasta los más actuales, verás que siempre he tratado de hacer un tipo de historia socio-económica, alejada de la econometría, donde está presente el estudio de las relaciones entre los hombres y de estos con su medio.

Para concluir quisiera decirte que aunque me atrae mucho este tipo de historia social, no creo que me apartaré definitivamente de la historia económica, pues sigo pensando que está en la base estructural de cualquier estudio y que no se puede prescindir de su conocimiento.